

SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR - B
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
17 de mayo de 2015
Hch 1, 1-11; Ef 4, 1-13; Mc 16, 15-20

¿Hacia dónde debemos fijar la mirada, hermanos y hermanas? La solemnidad de la Ascensión parece que nos invita a mirar hacia *el cielo*, hacia donde fue *llevado* Jesús. Pero, en cambio, en la primera lectura hemos oído que los apóstoles eran recriminados, en cierto sentido, por el hecho de tener la mirada alzada hacia arriba, hacia donde Jesús se había elevado y *una nube* se lo había hecho perder de vista: *¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?*, les dijeron dos hombres venidos de Dios.

En cambio, si miramos hacia la tierra, vemos mucha cosa negativa, que parece predominar sobre el bien y la bondad. Vemos violencia verbal y física, asesinatos, engaños, infidelidades, un capitalismo salvaje que lleva a la corrupción, a la pobreza y a la marginación; vemos pérdida de referencias éticas en las relaciones entre personas, etc. .; vemos enfermedades y muerte. Mirando hacia la tierra, cada vez son más los que experimentan un vacío interior sin encontrar nada que los pueda llenar. ¿Debemos quedarnos mirando todo esto, constatando que parece un callejón sin salida, que no hay un horizonte de esperanza? Si fuera así, ¿qué habría aportado Jesús, el Cristo, en nuestra humanidad?

¿Hacia dónde debemos fijar la mirada, entonces, hacia el cielo o hacia la tierra?

El mensaje de Jesús nos dice que tenemos que mirar a la tierra, a la realidad humana, donde hay tantos y tantos hermanos nuestros que se esfuerzan por amar y servir generosamente y sin figurar. Tenemos que mirar la tierra, sin embargo, con la luz que nos viene del cielo donde está Jesucristo a la derecha del Padre. Y mirar la realidad humana en su conjunto y la realidad específica de nuestro entorno, -si la iluminamos con la luz que nos viene del cielo- pide implicarnos en la realidad. Cada uno según los dones que ha recibido. Implicar a ellos para transformar la realidad humana, empezando por nuestro entorno. Debemos contribuir a crear una nueva conciencia ética, unas nuevas relaciones de convivencia, una sociedad verdaderamente más solidaria y fraterna. Porque la obra de Jesucristo no tiene como finalidad sólo la salvación de las personas individuales en orden a la vida futura, sino también la transformación de las relaciones humanas en toda su vasta gama.

Por ello, como hemos escuchado en el evangelio, el Señor, antes de la ascensión, envió a los once a anunciar la Buena Noticia del Evangelio y a trabajar para curar tanto las heridas de las personas como las heridas estructurales de nuestro mundo. Y detrás de ellos nos ha enviado a todos los cristianos, que somos los continuadores de la misión de anunciar y hacer realidad el Evangelio. Para que lo podamos llevar a cabo, Jesús promete -tal como hemos escuchado- que nos ayudará a sintonizar con todas las realidades humanas para transformarlas desde dentro.

La ascensión lleva Jesús "a la derecha del Padre"; es decir, al lugar que le corresponde como Hijo de Dios, al lugar de la más profunda intimidad con el Padre en el amor de ambos que es el Espíritu Santo. Y, desde "la derecha del Padre", que es una realidad espiritual y no un lugar físico en las alturas del cosmos, Jesús, el Cristo, vive siempre totalmente dado al Padre y totalmente dado a la humanidad, amando al Padre y amando a cada persona con el mismo amor. El Hijo de Dios había bajado hasta nosotros en la encarnación y en la muerte, y ahora, una vez vuelto al lugar que le corresponde por su condición de Hijo, se inclina hacia nuestra situación personal para elevarnos a la realidad del Padre. Y ello con una doble finalidad. Que gustemos el

amor entrañable con que somos amados por Dios. Y que trabajamos para hacer que nuestro mundo sea más conforme a lo que Dios quiere.

Después de la ascensión, pues, Jesús sigue siendo el Emmanuel, el Dios con nosotros. En intimidad de relación con el Padre y en intimidad de relación con su Iglesia y con cada uno de sus miembros, cercano y atento a nuestras vidas. Por eso continúa ofreciéndonos su Palabra y la Eucaristía como luz y como fuerza para nuestra misión de mejorar el mundo, empezando por mejorarnos nosotros mismos.

¿Hacia dónde tenemos que mirar, entonces? ¿Hacia el cielo, como una evasión de la realidad que nos toca vivir? ¿Hacia la tierra, cediendo al pesimismo o al estoicismo? La solemnidad de hoy nos invita a una mirada que sepa traspasar la realidad humana con la luz que viene del cielo, del lugar donde está Cristo en la intimidad del Padre y en el Amor del Espíritu Santo.

Ahora nos adentraremos en el corazón de la celebración eucarística. En ella, se unen la realidad de la tierra y la realidad del cielo. La realidad terrena del pan y del vino, de nuestra asamblea humana y de nuestro yo más profundo es traspasada por el Espíritu para transformarla, para divinizarla. El pan y el vino quedan convertidos en el cuerpo y la sangre de Cristo; nuestra asamblea deviene cuerpo espiritual del Señor y nosotros, si acogemos este don, somos identificados cada vez más con él. La liturgia nos revela que nuestro cuerpo y toda la realidad humana se encuentra en camino hacia la transfiguración inaugurada por la resurrección y la ascensión de Jesucristo. Es todo el universo el que está llamado a ser asumido en la Pascua del Señor. Pascua que ahora se hace presente en la celebración de la eucaristía (cf. *Oriente Lumen*, 11).